

FOMENTO  
LECTOR

# EL FÚTBOL TAMBIÉN SE LEE

Cuentos y anécdotas  
para la hinchada



Consejo  
Nacional de  
la Cultura y  
las Artes

Gobierno de Chile

Publicaciones  
Cultura



13

**17**

**21**

**27** ●



# Concentración

Marco Montenegro Muñoz

Lo leí en alguna parte, no sé si en el colegio o en alguno de los libros que don Ángel me prestaba cada semana desde que descubrió que yo era más que una pelota que rebotaba implacable contra las paredes de nuestro edificio y le impedía hacer su siesta. De cualquier modo, se hablaba allí de un deporte ritual que practicaban los sacerdotes mayas, el cual los obligaba a concentrarse infinitamente en la pelota, ya que de la permanencia de esta en el aire dependía el que, a su vez, el Sol se mantuviera en órbita.

Si ellos podían ¿por qué no podría yo usar mi habilidad con el balón para influir sobre el orden de las cosas, ese orden que se había puesto de cabeza de un día para otro, sin previo aviso, sin la más mínima consideración por la alegría y la tranquilidad de cuatro niños que no lograban entender una palabra de lo que los médicos le habían explicado a su padre para que este, a su vez, se los transmitiera?

No le dije nada a nadie. Tomé simplemente la pelota, que llevaba siempre conmigo, y me fui a uno de

los patios interiores de la clínica. Empecé a dominarla, alternando metódicamente ambos pies, los muslos, los hombros, la cabeza.

Vinieron primero las enfermeras, luego los guardias y un par de doctores. Vino mi padre, por supuesto, y también mis dos hermanos. Mi hermana no supo cómo llegar, pero entendió de algún modo que no valía la pena asomarse. Lo intentaron por todos los medios pero nadie fue capaz de detenerme.

Pasó casi un día entero en que lo único que supe fue que no podía dejar caer ese balón porque el Sol que me había alumbrado corría el riesgo de extinguirse si yo desfallecía. Varios enfermos se colgaron de las ventanas y comenzaron a alentarme, suavemente al principio, tal vez por respeto al lugar al que, sin embargo, no habían elegido venir, y luego cada vez con mayor vehemencia al percibir que algo extraño y peculiar había en el empecinamiento que yo ponía en no dejarme convencer ni amedrentar.

Me dolía cada músculo del cuerpo, la vista se me nublaba, tenía la boca seca y pegajosa. Los ojos me ardían de tanto fijarlos en el resplandor que despedía esa pelota que no paraba de subir y bajar incansablemente bajo la penetrante luz artificial que la noche imponía, manteniendo viva mi esperanza e inalterable lo que quedaba de mi infancia.

Solo mi madre consiguió, al pararse frente a mí (pálida, casi transparente, invisible para el resto), frenar mi ímpetu y hacer que depositara mansamente el balón en sus manos, consolándome con su acostumbrada ternura, mientras me derrumbaba en medio de los despojos del mundo que hasta ese instante había conocido.









# el hombre es un golazo de dios

erick Pohlhammer

“Los marcianos han llegado ya a  
jugar fútbol al Monumental.”

Poeta Jorge Ragal

Yo no creía en los marcianos. Ni siquiera cuando leí *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. Pero una noche entró un marciano por la ventana de mi pieza (no es chiste) y se sentó a los pies de mi cama, y me <sup>115</sup> empezó a hablar de fútbol.

Sabía tanto de fútbol el marciano, que no tuve tiempo ni de preguntarle su nombre. Sabía él, que Fernando Riera había sido el deté de la Roja en el mundial del 62 “será una fiesta universal/ del deporte del balón”, ubicaba hasta a Germán Casas, cantó canciones de los Ramblers, hasta me habló del enfoque taoísta de Riera del fútbol, ese del “toque-toque-toque: el gol sale solo” que le carga al gran Eduardo Bonvalet,

pero es la clave del éxito del Barcelona, que deja lona a sus rivales al sumarle, a este viejo esquema exitoso, fluencia y velocidad.

La carucha verdosa del marciano resplandeció un instante bajo el efecto radiante luz de la luna lechosa: un ojo glauco; el otro, cerúleo. Muy bellos: achinaditos. Como los del Chino Lihn. Debido a que no sentí miedo ni lo discriminé (por ser marciano) (y de Marte) (los contactados dicen que son más bellos los venusianos), y me encantaba escucharlo hablar de fútbol, se le soltó, aún más, la lengua y tipín dos de la mañana, se fue “en volá”, como diría la Pati, y empezó a darme las formaciones de la U de los 60, San Luis de Quillota de los 70, el Colo de los 80, Unión la Calera de los 90, Palestino del 2000, y hasta del actual Temuco de

Marcelo Salas que, según él, tiene alas, no solo en

los talones de los pies, sino en su inmortal alma astral universal.

Me cayó bien el marciano. Buena onda. De repente quise hablarle de cine, y me dijo:

—Qué más películas quieres que tus propias películas mentales y la película incesante de la vida cotidiana, y si quieres películas de acción, te llevo en mi nave espacial y viajamos “por el tiempo ilusorio” a la guerra de Vietnam.

Pensé: el fútbol lo apasiona más. Entonces, y para sorprenderlo, le dije —parejito, de corrido—, la formación del Lazio de los tiempos de oro de Marcelo Salas. Y se la dije —parejito y de corrido—: Marchegiani, Negro, Nesta, Mihajlovic, Pancaro, Sensini, Simeone, Ravanelli, Stankovic, Verón, Nevdev, Salas.

Se puso de pie, a lo Pedro Carcuro, y aplaudió.

—Bravo, bravo —dijo—. El que cultiva la memoria construye un palacio en su conciencia, hecho de imágenes y dulzura —y se puso a hacer dibujitos con una pelota imaginaria imitando a la Bruja Verón, en el círculo central del piso de tablas de mi pieza luminosa.

—A ver, ¿en qué equipo jugó Iván Zamorano, cuando Marcelo Salas Jugaba por Lazio?

No vaciló:

—Por el Inter, junto a Di Baggio, Peruzi y Seedorf, corría el año 2000.

—Ya estamos en 2013. El tiempo vuela —le dije.

—No, son ustedes, los terrestres, los que vuelan, de planeta en planeta, encarnación tras encarnación, de galaxia en galaxia, son muy afortunados; en cambio nosotros, los marcianos, estamos encadenados a Marte, como la pelota a la red o el banderín del córner a un ángulo recto, de 90 grados.

“Pelota en la red, pelota en la red: mató-mató-mató-mató”, canté, e ipso facto nombró a Ernesto Díaz

Correa. ¿Cómo podrá un marciano oír a un relator de fútbol? ¿Tendrán radios a pila? Una pila de preguntas se apiló en mi cabeza. Me puse las pilas y le pregunté por los tres mejores arqueros chilenos de todos los tiempos.

Dijo que el mejor arquero de Chile había sido Cóndor Rojas, seguido de Osbén y Sapo Livingstone; encontraba fuera de serie a Gonzalo Dalsasso de Everton y a Felipe Núñez de Palestino.

Luego me dio una cátedra de fútbol, la que resumo al máximo: manifestó que Chita Cruz fue mejor que Chumpitaz; expresó que Rosenthal fue el Romario del Pacífico, y se fue al Glasgow de Escocia demasiado temprano; alabó el fútbol sinfónico de Bielsa; destacó al ingeniero Pellegrini; criticó al Fantasma Figueroa por enojón; soslayó los errores de Beckenbauer (pasaba de Chile a Alemania como si nada. Los marcianos son cuánticos: saltan del punto A al punto C sin pasar por

el punto B, como la poesía astral del poeta Ragal); fustigó las falencias defensivas; puso entre paréntesis la idea de que “no hay mejor defensa que un buen ataque”; valoró el fútbol italiano, pero discrepó con dejar todo al contraataque: no en vano el Imperio Romano cayó por esquemas demasiado defensivos: se abstuvo de opinar de la frase de Valdano “El fútbol es un juego

que consiste en cerrar y abrir espacios”. Le exigí al menos una sola razón.

Esto dijo:

—Y qué pasa si un equipo sale a la cancha decidido a defenderse SIN EL MENOR INTERÉS EN ABRIR LA DEFENSA RIVAL. Le basta el cero a cero.

¿Deja de jugar al fútbol por eso?

Allí me dejó marcando ocupado. Allí me cayó la teja —recién— que era hiper lúcido. Más inteligente al menos que Valdano, que es muy pero muy inteligente.

Tras cartón, evocó a Elías Figueroa: “de Calera, siendo una caña de bambú, pasó a Santiago Wanderers, y en Wanderers se convirtió en un roble enorme; todo quien pasa por Wanders (así dijo: Wanders), como Moisés Villarroel, o Juan Olivares, el Gordon Banks del equipo caturro, y tantos otros, será futura estrella cristalizada.

Y dele con Wanderito. Y Valparaíso: uno de los cinco puertos más mágicos del mundo. Los conocía todos. Incluido el Puerto de Palos, de donde zarpó Colón a descubrir América en 1492.

Y ahí, sentadito, muy cómodo, a los pies de mi cama, recordó ese año cuando Jorge el Peineta Garcés, tiró parriiiba a Wanderiito. Así dijo: Wanderiito: alargando la letra “i” tres veces.

Y yo cachúo, como dice la Pati, qué onda, socio, tanto con Wanderers, y ¡¡¡otra vez!!!, como si fuese

ventrílocuo, del colosal relator Nicanor Molinare de la Plaza, —parejito y de corrido— nombró, uno por uno, a la verdosa oncena porteña, como sus propias mejillas verdosas: Toro, Garrido, González, Robles, Villarroel, Neveu, Vergano, Pérez, Vega (Marcelo Vega) Otta, Soyo y Navia ¿El Choro Navia? Sí, el mismísimo... Choro... Navia...

A esta altura de mi relato quiero decir que la semana pasada en El Monte, a 15 kilómetros de la noble ciudad de La Calera, según el diario *El Mercurio de Valparaíso*, murió de un infarto de miocardio una anciana al “entrar por la ventana de su pieza un ser no identificado y sentarse a los pies de su cama”. Alcanzó a llamar —por celular— a su única hermana, a la ciudad de Limache.

Eso había leído yo, en *El Mercurio de Valparaíso*, la semana pasada.

Pensar en eso me puso estúpido. Al estúpido ponerme, se me vino la noche encima: quizá este enano verde no sea tan inocente. Eso pensé. Pero no, era mi propia mente: me estaba sugestionan-

do. ¡Qué culpa tenía él, quizá el ser traslúcido más angélico del universo entero, de mi falaz ignorancia humana; de mi total “falta de conciencia cósmica”, como diría Stephen hawkins de nosotros.

Estuve al borde de meterme un autogol.



Nuestra mentecita “loca” nos mete “autogoles” estúpidos impresionantes.

Seguro leyó mi mente. (Son telepáticos.) Y plim plim plim, más veloz que una finta de Garrincha, zarpó, a la noche inmensa, en su fúlgida y melódica nave espacial.

Se fue por un “pliegue” de la antimateria cósmica.

Solo alcancé a... VER —con nitidez— (Matta) una vistosa insignia de Santiago Wanderers, con sus tres estrellas —1958, 1968, 2001—, dibujadas de manera prolija y exquisita, a un costado tornasol de su pequeña nave holográfica, parecida los autos “huevitos” de los 60, y me puse a llorar de emoción.

Cuando dejé de llorar, dirigí la vista hacia mi almohada, y sobre ella, el visitante cuántico había dejado escrito, sobre la funda blanca, a modo de graffiti con tinta verdosa, como de tinta instantánea, esta frase: “El hombre es un golazo de Dios”.

Cuando se fue en el Ovni, caché, por la insignia, que era de Wanderito.



